

arsenal de los partidos como una arma á la vez inno- ble é inútil, no se encuentra ya si no en manos de al- gunos fanáticos aislados; pero á principios del siglo se hallaba el sentido moral de la Francia, no lo olvi- demos, profundamente pervertido por la Revolucion. Lanzados de su patria, despojados de sus bienes los emigrados habian visto á su rey, á sus parientes, á sus amigos jurídicamente asesinados, sus propias ca- bezas puestas á precio como las de las bestias feroces.

Se les habia imputado como crimen la emigracion, salvo el matarlos, sino emigraban. Para ellos, no era pues un republicano mas que un bandido, un ladron; la verdadera Francia habia llegado á ser la presa de una horda de criminales, á la que podia perseguir cualquiera, bestias feroces con rostro humano, á las que se puede matar sin escrúpulo, en virtud del de- recho mas natural, el derecho de vivir.

*Bandidos* es la palabra usual, en esta época, la



El príncipe pone vivamente la mano en el picaporte y lo levanta.

palabra con la que designan realistas y republicanos por lo comun á sus adversarios. La muerte es sagra- da en cierto modo en este tiempo y se degüellan unos á otros con una especie de exaltacion religiosa. «En el momento de encender la mecha (dice Saint-Rejaut, uno de los conspiradores de el 3 de nivoso) elevaba una oracion á Dios, pidiéndole que desviara el tiro, si Bonaparte era necesario para el reposo de la Francia.»

Añádase á esta perversion general del sentido moral, el hábito de derramar sangre, y el poco caso que se hacia despues de algunos años, de la vida hu- mana.

Quien olvidara esta enfermedad de las almas despues del Terror, se arriesgaria á no comprender lo que va á pasar. Dos hombres, apresurémonos á decirlo, se escapan por la superioridad de su inteligen- cia, de esta depravacion casi universal; son los dos jefes mismos de dos grandes partidos que se hallan

frente á frente los que reasumen en sí la Revolucion y la monarquía, Luis XVIII y Bonaparte. Este, in- comprensible á sus amigos y enemigos, trató de paci- ficar y humanizar los corazones, de aplacar los odios, y escandalizar, por decirlo asi, con su mansedumbre á los partidos que trató de reconciliar: aquel no ha olvidado que un rey debe ser tambien un padre y que la verdadera sabiduría ignora qué sea la vio- lencia.

Hé aquí cuál era la situacion política y moral de la Francia interior y exterior en el momento de la ruptura de la paz de Amiens. La emigracion vió en este acontecimiento una ocasion providencial de con- cluir con Bonaparte. La guerra iba á desengañar á la Francia, que habia creído por un momento hallar el reposo en un nuevo dueño. Diariamente se agria- ba el descontento en el corazon de los antiguos ca- maradas del oficial aventurero, sus iguales poco an- tes, sus inferiores en el día. A estas circunstancias